

F1213

B44

—•••••—  
*Quedan asegurados los derechos de propiedad  
conforme á la ley*  
—•••••—



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

El  
CAPITÁN RUPERTO CASTAÑOS

—•••••—

CAPÍTULO PRIMERO

El Puente de Calderón

—•••••—

La guerra de independencia formó en México una población que hoy se halla diseminada y aislada por sus costumbres y sus recuerdos, de la sociedad, cuya causa defendió tan valerosamente en otro tiempo. Los *guerrilleros*, los aventureros de todas clases componían aquella población excepcional. ; Feliz el viajero que encuentra hoy en su camino algunos de esos hijos

perdidos de la revolución mexicana! Sus narraciones dan una nueva luz sobre una de las épocas, sin duda, más curiosas de la historia contemporánea de Nueva España. Siempre que he podido preguntar á esos veteranos de las grandes luchas de 1810, he recogido revelaciones, he oído relaciones que nunca se han borrado de mi memoria. Entre esos viejos soldados de la Independencia, hay uno sobre todo en quien parecen haber encontrado su personificación, todos los instintos aventureros, todas las pasiones exageradas del ejército insurgente de México. Me refirieron su vida en el mismo teatro de las campañas de 1810 y 1811, y las aventuras que me pusieron en relación con el capitán Ruperto Castaños son verdaderamente un digno prelude á las relaciones que siguen. Así, pues, no separaré de los romanescos recuerdos del antiguo partidario los incidentes, las escenas de viaje, en medio de las cuales se desarrolló ante mi vista aquella extraña existencia.

Entre México y Guadalajara, capital del Estado de Jalisco, y á unas cuantas leguas de esta última ciudad, se extiende un llano en donde se dió la batalla más sangrienta que tal vez haya puesto frente á frente á los defensores de la independencia mexicana y á los sucesores de los héroes de la conquista. Un torrente

atraviesa de Este á Oeste aquel punto árido, y va á perderse, después de un curso de tres cuartos de legua, en el río Tololotlán. En aquel torrente hay un puente de piedra, formado de un solo arco; es el puente y el río de Calderón. El susurro de las aguas que corren profundamente encajonadas entre dos orillas cortadas á pico, el grito de las águilas, el sonido de las hierbas secas que cubren el terreno, son los únicos ruidos que turban hoy el silencio de aquel extenso campo, en donde combatieron cien mil hombres, desde que salió el sol hasta que se puso, por la independencia de su país. Á pesar del interés que ofrece el llano de Calderón por semejante recuerdo, muy pocos son los viajeros que allí se detienen, y la mayor parte de ellos atraviesan aquel punto apresuradamente. Otros recuerdos, muy diversos de los históricos, hace nacer la vista de aquellos tristes lugares, y más de un encuentro desagradable señala los bordes del torrente de Calderón á la justa desconfianza de los viajeros que llevan un bagaje regular. En cuanto á mí, que tenía la felicidad de no ser de los últimos, me había propuesto al salir de México, recorrer y estudiar con el mayor detenimiento el teatro de una batalla tan memorable, y resolví detenerme, antes de llegar á Guadalajara, en

uno de los *jacales* que aparecen diseminados á las orillas del torrente, y no tuve motivo para arrepentirme de haber ejecutado semejante proyecto.

Había llegado al llano de Calderón, después de una penosa jornada. Me dirigí resueltamente hacia una cabaña, situada no lejos del puente. El dueño de aquella humilde habitación me ofreció cena para mí y para el criado que llevaba, así como una poca de *pastura* para nuestros caballos y un tinglado que hiciese veces de caballeriza. No necesitábamos otra cosa, y después de haber echado pie á tierra, sin ocuparme por más tiempo de los preparativos de nuestra instalación, me dirigí al llano que me propuse visitar, entretanto preparaban nuestra cena.

El primer monumento de la batalla de Calderón se presentó á mi vista á algunos pasos del *jacal* en donde estaba posado; fué una especie de *túmulo* grosero, á cuyo lado se elevaba un *mezquite*, excesivamente viejo. En el *túmulo* y en las mismas raíces del árbol, se hallaban plantadas muchas cruces pequeñas, en memoria de las numerosas víctimas de la crueldad española. Proseguí mi camino, y á poca distancia me encontré en medio del campo donde se habían batido los dos ejércitos. Antes de abandonar la capital de México,

había leído algunas relaciones, escritas en español, de las últimas revoluciones del país. (1) Bajo la impresión que había dejado en mi memoria la lectura reciente de aquellos libros, recorrí el campo de batalla en donde tan intrépidos adversarios ó defensores de la dominación de Madrid en Nueva España, habían encontrado su tumba. En el teatro mismo del drama, recordé, sin trabajo, las principales peripecias y los héroes que habían combatido. La guerra de la independencia mexicana duró diez años, como el sitio de Troya, y la batalla de Calderón debe considerarse como uno de los episodios más notables de esa larga epopeya, que espera aún á su Homero. Nada faltó á aquella lucha: españoles é insurgentes afrontaron la muerte con la misma audacia. Por parte de los mexicanos, la superstición reanimó más de una vez el valor de los combatientes. La efigie de la *Virgen de los Remedios*, con traje de generalísimo, caminaba á la cabeza del ejército independiente. Los sacerdotes de todas clases eran generales y coroneles. Un cura, cuyo nombre es célebre, Hidalgo, ejercía sobre aquellas masas fanáti-

(1) Entre estas relaciones, las más curiosas son, sin contradicción, las de D. Carlos María Bustamante: *Cuadro Histórico*, y las del Dr. Mora: *México y sus revoluciones*. — N. del A.

cas un poder casi dictatorial. A su lado marchaban, como valientes capitanes, Allende, Aldama y Abasolo; en el ejército de los españoles se hallaban en primera línea el implacable general Calleja y el fogoso conde de la Cadena; por ambas partes, los jefes eran superiores. Sin embargo, la disciplina debía obtener ventajas sobre el desorden, y seis mil españoles, acostumbrados á los rudos trabajos de la guerra, derrotaron á cien mil mexicanos, lanzados en confusa mezcla al combate por jefes muy poco experimentados.

Hay pocas familias españolas ó mexicanas, á las cuales el terrible aniversario del 17 de Enero de 1811, fecha de aquella batalla, no traiga á la memoria una pérdida dolorosa. El conde de la Cadena es una de las víctimas más célebres de aquella jornada. Arrastrado por uno de esos furores implacables, que despierta sólo la furia de un prolongado combate, el conde se arrojó con doce dragones en persecución de los mexicanos fugitivos. No lo vieron volver, y se reconoció su cadáver entre los que llenaban el llano. Nadie se había precipitado al encuentro de los insurgentes con más fogosidad. Los jefes mexicanos hicieron frente á aquel terrible adversario con un valor digno de mejor suerte. En una de las eminencias, desde donde abra-

zaba mi vista el teatro de la batalla, hasta sus últimos límites, se había mantenido Hidalgo durante la acción y dirigido todos los movimientos de su tumultuoso ejército. Allí era adonde sus capitanes iban á tomar sus órdenes, mientras cien piezas de artillería descargaban sobre los españoles; allí fué también donde la noticia de una derrota inesperada sorprendió al intrépido cura, convertido en generalísimo. ¿Cuáles habían sido, durante el combate, los pensamientos de aquel hombre extraño? ¿Eran los de un padre, en cuyo corazón resuenan dolorosamente los golpes dados á sus hijos?... ¿ó los de un general que arriesga al juego de una batalla las más caras esperanzas de su vida?... La doble responsabilidad del pastor y del jefe del ejército se había sin duda revelado en aquel momento al alma del sacerdote rebelde, y había castigado su orgullo con dobles tormentos. Su voz era la que había lanzado en el llano á tantos millares de hombres armados de hondas y flechas; por su orden, las cien piezas de artillería habían sido conducidas desde los puntos más distantes de México hasta el pie de aquellas colinas, sucesivamente ocupadas y abandonadas por los insurgentes y los españoles. (1) Diez y seis meses antes de

(1) Entre las cien piezas de artillería que siguieron al

la batalla de Calderón, Hidalgo no era más que cura de Dolores, oscuro pueblo situado á pocas leguas de Guanajuato; Allende era capitán de un regimiento español. ¿Á qué fatalidad obedecieron, pues, cuando en la noche del 16 de septiembre de 1810, lanzaron el primer grito de independenciam en el pueblo de Dolores? ¿Y cómo explicar ese delirio revolucionario que, á la voz de Hidalgo, se había propagado con la rapidez del incendio que produce una antorcha arrojada entre hierbas secas en una sabana?... ¿No había alguna cosa milagrosa en aquel ejército de cien mil hombres, reclutados en pocos días, por dos ó tres jefes resueltos? ¿Qué cambio de fortuna y qué expiación tan cruel, después de triunfos tan brillantes! Por tres veces en Calderón, pareció declararse la victoria por los insurgentes; por tres veces se les escapó, y la explosión de un carro con municiones, introduciendo el desorden en sus filas, concluyó, en fin, su derrota. Algunas de aquellas partidas, mandadas por Allende y Abasolo,

ejército insurgente, había algunas que, arrancadas de los arsenales de San Blas, á las orillas del Océano Pacífico, habían recorrido un espacio de doscientas leguas, atravesando caminos impracticables, sin más medios de transportes que los hombros de millares de hombres, con cuyo sudor, dice un historiador, se regaba materialmente la tierra. — N. del A.

podieron verificar una honrosa retirada, y se encontraron dispuestas para nuevos combates; sin embargo, la pérdida de las tropas insurgentes fué muy considerable. No hubo, según el parte oficial, una sola bayoneta española que no estuviese enrojecida con la sangre mexicana. Como en todas las guerras civiles, la carnicería que siguió á la batalla fué terrible.

La mayor parte de los jefes del ejército vencido en Calderón tuvieron un fin muy triste. Hidalgo, Allende, Aldama, recibieron la muerte en el cadalso en Chihuahua. Los restos de Abasolo, el caballeroso insurgente, reposan en el fondo de un calabozo. Torres el *vaquero*, convertido en jefe del ejército, fué ignominiosamente ahorcado en Guanajuato, y su cuerpo descuartizado fué expuesto en cuatro puntos de aquella ciudad, en donde la momentánea clemencia de los españoles indultó á todos sus cómplices. Otros partidarios más felices se escaparon de los desastres de la batalla; algunos hasta llegaron al poder; ¡pero cuántos soldados oscuros, cuántos héroes ignorados habían perecido entre la multitud! En el instante en que este triste pensamiento se ofrecía á mi memoria, el sol estaba á punto de ocultarse. El murmullo del torrente, el estremecimiento de las ramas agitadas por

el viento, todos los melancólicos rumores de la soledad se me presentaban más tristes, más solemnes que de costumbre. Comprendí que era necesario sacudir las penosas impresiones que me obsediaban, y tomé el camino de mi posada.

La cabaña, que había dejado desierta hacía cosa de una hora, se había llenado rápidamente durante mi ausencia. Media docena de dragones mexicanos, que se reconocían fácilmente en sus uniformes rojos y en sus capas amarillas, habían atado sus caballos al tronco del mezquite, rodeado de cruces de madera, y mientras los dientes de sus cabalgaduras trataban de arrancar del árbol seco algunos trozos de su corteza, los soldados descansaban, bebiendo en la puerta de la cabaña. El polvo que cubría los caballos atestiguaba que habían hecho una larga jornada. Aquellos hombres de rostros tostados y con sus trajes brillantes formaban un grupo pintoresco. Me parecía que el llano desierto de Calderón acababa de volver á la vida á algunos de los salvajes guerreros á quienes había servido de tumba.

— ¿Tenemos seis convidados de más? pregunté al dueño de la cabaña, entrando en ella. Mi pregunta descubría una inquietud que demostraba más clara-

mente la mirada que dirigí á la mesa, en la que nada indicaba que se hubiesen ocupado de los preparativos de la cena.

— ¡Eh! no, señor, respondió el propietario. Estos dragones están esperando que descansen sus caballos, y se pondrán en camino antes de media hora para la *Barranca del Salto*, adonde van á dormir, si es que puede dormirse en ese maldito lugar.

El dueño de la cabaña acompañó estas últimas palabras persignándose devotamente. Por primera vez sorprendía en México una de esas supersticiones tan comunes en nuestros países, é iba á aventurar sobre el particular algunas preguntas, cuando una voz fuerte atrajo la atención del propietario. Casi al mismo tiempo un viajero impaciente abrió la puerta y lanzó hasta el centro de la cabaña un brioso caballo, negro como el ébano.

— ¡Hola! *patrón*, ¿no tiene algunas provisiones reservadas para un viajero hambriento?

Dirigí á aquella inesperada visita la misma mirada, y con el propio disgusto con que antes la había dirigido á los seis dragones. Á la luz de la hoguera que alumbraba la cabaña, pude reconocer á un hombre de cosa de cincuenta años, alto y vigoroso, de piel mo-

rena, con unos ojos vivos y brillantes, unos bigotes enormes subían hasta sus orejas; una cicatriz mal encubierta por la falda de su sombrero, partía de su ojo izquierdo y llegaba hasta las barbas. La fisonomía de aquel personaje expresaba bondad y franqueza; había en sus movimientos y en su acento una aspereza verdaderamente militar.

— Si no quiere usted más que *frijoles, chile y cecina* y los restos de una polla, puede pasar adelante, respondió el dueño de la cabaña.

— ¡ *Con mil diablos!*.. exclamó el recién llegado, precisamente son mis tres platos predilectos, y por lo mismo me detengo aquí.

El desconocido hizo retroceder su caballo con asombrosa destreza, hasta que pasó el umbral de la cabaña; en seguida saltó en tierra, ató al animal á uno de los añosos árboles que formaban enfrente de la cabaña una especie de alameda, y entró, llevando debajo del brazo un magnífico *zarape del Saltillo*, que colocó en un rincón. En seguida se quitó las espuelas, desabrochó el cinturón que sostenía un machete, especie de cimitarra muy ancha, y se sentó á mi lado en un banco de encino, colocado delante de una mesa, ennegrecida por el humo.

— ¿Es usted de mi opinión con respecto á la cena? me preguntó después de haberse sentado.

— Sí; sólo tengo algunos escrúpulos en cuanto á la edad de la gallina.

— ¡ Bah!.. con buenos dientes, no debe temerse, respondió mi comensal. Y la sonrisa que entreabrió sus labios, descubrió dos hileras de dientes capaces de pulverizar hierro. ¡ Hola!.. amigo, continuó volviéndose hacia uno de los dragones que se hallaban en la puerta de la cabaña, ¿quiere usted sentarse, tomar un trago conmigo, y decirme por qué motivo andan ustedes por estos rumbos á una hora tan avanzada?

— Un escuadrón de nuestro regimiento está de guarnición por algunos días en el pueblo de Zapotlanejo, y nuestro capitán nos mandó que fuéramos á acampar esta noche á la *hacienda* arruinada, que se halla á un lado de la *Barranca del Salto*.

— ¡ La *Barranca del Salto!* dijo el desconocido con un movimiento de sorpresa; ¿y es esto todo lo que ustedes saben sobre el objeto de la expedición?

— Sólo sé, contestó el soldado, que otros seis destacamentos, formados de seis hombres cada uno, marchan por diversos puntos, con el fin de rodear las inmediaciones de Guadalajara: es todo lo que puedo

decir á usted, y si desea saber algo más, puede dirigirse á nuestro *cabo*.

Éste, á cuyas órdenes se hallaban los cinco dragones, entraba en aquel momento para reunir á sus soldados y beber el último trago. El viajero, que tan familiarmente había tratado al dragón, lo hizo de la misma manera con el *cabo*, y previnó sus deseos ofreciéndole un vaso, el que aceptó el soldado de buena gana.

— Á la salud de usted, dijo.

— Á la de usted, contestó el desconocido.

Y dirigió de nuevo al *cabo* su pregunta, que había quedado sin respuesta, respecto al objeto de la excursión de los dragones.

El *cabo* vaciló un momento antes de responder; en seguida dió orden al soldado, que no se había movido de la cabaña, que fuera á reunirse con sus camaradas. Sin duda, el *cabo* no quería descubrir delante de uno de sus inferiores sus secretas instrucciones. Cuando nos encontramos solos:

— Usted es un *antiguo* soldado, dijo el *cabo* al desconocido, que en efecto tenía la apariencia de un viejo militar.

— He combatido todo un día en este llano, respondió el desconocido.

— ¿Cuándo la batalla de Calderón? interrumpí. En ese caso usted podrá darme algunos pormenores sobre aquella jornada.

— Con mucho gusto, mientras cenamos. Yo mandaba una *guerrilla* volante, compuesta de doscientos cincuenta hombres, y en la noche casi era yo el único que había quedado de ella. ¡Cuánta sangre, Dios mío, corrió al pie de esas colinas!

— Vamos esta noche, contestó el *cabo* en voz baja, á explorar la *Barranca del Salto*, y si es cierta la reputación que tiene ese lugar, á la verdad que es una comisión muy triste: dicen que los muertos hacen allí la guerra á los vivos.

— ¡Ah! ¡han pasado en aquel lugar cosas terribles! Me acuerdo de una noche espantosa... Pero, ¿á qué conduce ese cateo nocturno en una *hacienda* arruinada?

— Esa hacienda oculta, según parece, más de un huésped peligroso. Escúchenme ustedes; nosotros no aborrecemos á los *salteadores*: es preciso que todo el mundo subsista; pero hay dos clases de hombres á quienes deben respetar los ladrones: á los sacerdotes y á los militares. Hace algunos días han tenido la audacia de robar, muy cerca de este punto, á su exce-

lencia el gobernador de Guadalajara, que iba en compañía de su capellán: esto era profanar á la vez lo más respetable que existe.

— ¿Y se sabe quién ha cometido ese sacrilegio?.. preguntó el veterano.

— ¿Quién ha de ser, sino ese endiablado de Albino Conde?

— ¡Albino Conde! ¿el hijo del famoso guerrillero que prestó tantos servicios en la guerra de independencia?

— El mismo. Uno de los hombres de la escolta del gobernador lo reconoció á pesar de su disfraz, y á él es al que tengo orden de coger vivo ó muerto en la hacienda del Salto. Pero he creído prudente ocultar á mis soldados el objeto de nuestra expedición, porque yo sé por experiencia que Albino tiene amigos por todas partes.

— ¿Y creen encontrarlo en la hacienda del Salto?

— Usted sabe muy bien que allí era donde se refugiaba su padre cuando no era más que contrabandista, y aquí, para entre nosotros, diré á ustedes que me han prometido la charretera de alferez por la cabeza del bandido.

— Cuidado, señor *cabo*, dijo el extranjero que hacía

algunos momentos permanecía pensativo, cuidado; yo que les hablo á ustedes, he visto cosas muy extrañas en la *Barranca*, y libreme Dios de tener que buscar un lecho en aquellas ruinas, cuando arrecia el viento de la media noche en el llano, y alumbra la luna la cruz del *matado* en el fondo de la barranca. Ustedes no son más que seis, y para esa expedición me parecen pocos...

— Pues qué, ¿es verdad todo lo que refieren? preguntó el *cabo* espantado.

— ¡Sin contar lo que nadie ha vuelto á decir!

— ¡Diablo! yo deseo mucho volver á referir lo que haya visto, y no haré alto con mis soldados, sino á la entrada de la barranca, bastante lejos de los muertos para no temerlos, y muy cerca de los vivos, si los hay allí, para cortarles la retirada. Toda la dificultad consiste en pasar esta noche sin novedad, porque mañana temprano deben reunírsenos otros destacamentos en aquel maldito lugar; pero ya se hace tarde, y tenemos que andar mucho. Adiós, mi capitán.

Y el dragón vació el último vaso de *mescal*, en seguida apretó la mano del veterano y salió precipitadamente. Un momento después, los ecos silenciosos del llano de Calderón se despertaban al ruido que

hacían galopando los caballos. El extranjero, que había quedado solo conmigo, no pareció cuidarse mucho de la cena, ni de mi compañía, porque no tardó en tomar su *zarape* y colocarse en el umbral de la cabaña, desde donde pareció seguir con la vista á los seis dragones que caminaban por el llano; y apenas los perdió de vista, cuando se lanzó á su caballo y partió, sin volver siquiera la cabeza al punto donde yo estaba.

La conversación que acababa yo de escuchar no dejaba de causarme alguna inquietud, lo confieso, y reflexionaba que hubiera sido mucho más prudente, tal vez, no elegir para pasar la noche una posada tan inmediata al cuartel general de un *salteador* tristemente famoso. Yo me hallaba, por otra parte, bajo la penosa impresión de una de esas horas de silencio y aislamiento que siempre que se presentan en la jornada de un viajero, conducen su pensamiento hacia la patria ausente. Los confusos rumores de la noche comenzaban á escucharse en el llano. Los chillidos de los grillos, ocultos entre las hierbas secas, llegaban hasta mis oídos, mezclados con los ladridos de algunos perros, lúgubramente repetidos por los ecos de aquellas soledades. El dueño de la cabaña y mi criado se halla-

ban ocupados fuera de ella; las tinieblas aumentaban á mi rededor, y con cierto placer, como una distracción á mis penosos pensamientos, ví llegar á la mujer del propietario de la casa, atraída sin duda por el humo de sus guisados, que parecían estar ya en buen estado.

— Cuando usted quiera cenar, me dijo, ya está todo dispuesto.

— Al instante, contesté, si usted gusta.

La *ventera* extendió en la mesa un mantel largo y angosto, y tan sucio, que atestiguaba á primera vista sus largos servicios. Era, según el uso de *tierra adentro*, una tela de algodón adornada en su extremidad con perfilados y flecos, mezclados con abalorios. La *ventera* puso en la mesa dos platos, uno para mí, y otro para mi criado.

— Somos tres, le dije, se le ha olvidado á usted un plato.

— ¿Tres? me preguntó, ¿quién es el otro?

— Ese caballero con unos bigotes muy largos que se hallaba aquí hace cosa de media hora.

— Ha marchado sin esperar la cena, y no ha vuelto. Después de todo, no hay para qué quejarse, supuesto que tendrá usted doble ración.

Mi criado entró en aquel momento, y yo me senté á

la mesa de muy mal humor: la cena me pareció de-  
testable. Todos mis esfuerzos para obtener del pro-  
pietario ó de su mujer algunos informes sobre la *Ba-  
rranca del Salto*, no produjeron más que esta invariable  
respuesta: *Dicen que allí espantan*. Después de una  
cena tan triste y de un día de tanta fatiga, tenía mu-  
cho sueño y necesidad de dormir. Eran cerca de las  
doce de la noche, y dormía yo hacía cosa de media  
hora, recostado sobre mi *zarape*, en el banco de en-  
cino que me había servido de silla, cuando un ruido  
de pasos y la fresca brisa de la noche, penetrando por  
la puerta entreabierta, me despertaron súbitamente.  
Un individuo acababa de detenerse delante del *jacal*;  
echó pie á tierra, y entró en el cuarto que me servía  
de recámara. Al momento lo reconocí.

— ¿Qué todo el mundo duerme aquí? me preguntó  
bruscamente; ¿quedó algo de la cena?

— Todo el mundo duerme, respondí, y temo mucho  
que mi criado haya consumido su cena y la de usted.

— ¡Poco importa! cené en otra parte tan mal como  
lo habría hecho aquí: lo que busco es un abrigo, en  
primer lugar, y una persona bastante bondadosa que  
no me niegue un servicio.

— En cuanto al hombre, se halla en presencia de

usted; pero en cambio me debe usted una relación de  
la batalla de Calderón. ¿Lo había usted olvidado?

— No, ciertamente; y mañana platicaremos; pero  
permítame ante todo que vaya á acomodar mi ca-  
ballo.

Y el veterano, sin aguardar mi respuesta, se dirigió  
á la caballeriza. Algunos momentos después, volvió á  
acostarse al pie del banco, en el que en vano trataba  
de dormirme.

— ¿Llevará usted á mal, me preguntó, que afirme  
delante de usted que he estado en esta *posada* desde  
las seis de la tarde, y que no me he movido de ella?

Reflexioné un momento.

— ¿Será preciso que yo mismo lo afirme?

— No, su papel de usted se limitará á no decir cosa  
alguna; yo solo mentiré, si es absolutamente preciso.

— Concedido, señor D...

— Ruperto Castaños, contestó con énfasis el extran-  
jero, ex-capitán de *guerrilleros*.

Esta respuesta dió término á nuestra conversación.  
El capitán Ruperto roncaba antes que yo hubiese vuelto  
á dormirme; él fué quien me despertó á las cuatro de  
la mañana, y me propuso que fuésemos á dar una  
vuelta por el llano, entretanto ensillaban nuestros ca-

ballos. Cuando salimos del *jacal*, el capitán me condujo hacia el torrente :

— Coloquémonos en el puente, me dijo ; desde allí dominaremos el campo de batalla ; pero, *¡ con mil diablos !* yo no sé cómo describirle á usted el combate que se verificó en este lugar hace cosa de treinta años. El humo de la artillería y el polvo formaban una niebla que me rodeaba por todas partes ; le indicaré á usted los puntos que ocupaban mis valientes compañeros. El puente de Calderón tiene á su frente, y á su lado izquierdo, dos colinas prolongadas y muy escarpadas que dominan el llano ; el camino real de Guadalupe atraviesa el puente, porque el río que corre bajo el arco, entre dos orillas cortadas á pico, no presenta un solo punto vadeable.

Á estas palabras del capitán siguió un momento de silencio ; mis ojos se dirigieron sucesivamente al puente, á las colinas y al río.

— Mire usted, añadió Castaños, designando una de las colinas que están al frente del puente, en aquella altura se hallaba situada, la víspera de la batalla, una batería de sesenta y siete cañones de todos calibres ; en la colina de la izquierda, doce piezas de artillería ; otras siete á poca distancia, en el lugar donde el mon-

tículo de la izquierda forma una prominencia ó tercera colina ; por todas ochenta y seis piezas, con las que podían destruirse, con una sola descarga, los seis mil hombres del general Calleja. Pues bien : las flechas de los indios hicieron aquel día más que nuestras tres baterías. ¿ Creería usted que las cureñas estaban construidas de tal manera, que las bocas de las piezas no podían inclinarse, y que desde aquella altura las balas pasaban forzosamente sobre el enemigo ? La fatalidad, como usted ve, nos perseguía, porque las disposiciones generales parecían haberse tomado perfectamente : no faltaban más que buenas armas. El general Torres estaba allí, al pie de la colina, enfrente del puente ; D. Juan Aldama en la de la izquierda ; Abasolo mandaba quince mil hombres, y aún me parece verlo galopando al frente de su tropa ; Allende se encontraba en todas partes, como general en jefe ; y desde aquella eminencia que se ve allá abajo, Hidalgo de pie, con la cabeza desnuda, dominaba el cuerpo de reserva diseminado en todo el llano. Yo me hallaba con mis doscientos cincuenta hombres muy cerca de Allende. Ahora fórmele usted una idea de cien mil hombres mal armados, ó sin más armas que flechas, hondas, malos fusiles y puñales colocados en el extremo de un garrote,

á excepción de algunos millares de soldados que Allende había disciplinado, cien mil hombres rezando el Rosario, ó entonando cánticos; en seguida, el día de la batalla, un ruido ensordecedor, una nube de humo que se extendía por todas partes, y sabrá usted tanto como yo de esa gran batalla, á la que sin embargo asistí.

Me contenté con estas explicaciones imperfectas; porque en aquel instante se hallaba excitada mi curiosidad, y deseaba oír al *guerrillero* referirme la leyenda de la *Barranca del Salto*, y por lo mismo le manifesté mis deseos.

— Si de Guadalajara, adonde voy á acompañar á usted, me contestó, va usted á Tepic, y de allí hasta San Blas...

— Ese es precisamente mi itinerario, interrumpí.

— Tanto mejor, *caramba*, tanto mejor, caminaremos juntos; además, tengo muy poderosos motivos para acompañar á usted, añadió D. Ruperto; tal vez se los comunicaré á usted algún día, y le juro que es una historia muy interesante la que ha precedido á mi encuentro con usted. Entretanto, si le parecen á usted otras relaciones dignas de atención, pongo todos mis recuerdos á su disposición. He combatido al lado del

padre Hidalgo, de Abasolo, de Aldama y de Allende; he vivaqueado, dispuesto emboscadas con Torres, Sotomayor, García, Osorio, Montaña, y otros muchos. Le haré á usted un retrato al natural de esos héroes extraordinarios; le referiré á usted hazañas originales, pintorescas aventuras que se han verificado en los bosques, en los llanos y en las playas del Océano Pacífico. ¿Le conviene á usted todo esto?

— ¡Pues no me ha de convenir!.. exclamé yo encantado con aquella buena é inesperada fortuna.

Apareció el sol: era el momento oportuno para ponerse en camino. Volvimos á la *venta*, y encontramos nuestros caballos ensillados y enfrenados; la *ventera* nos sirvió una taza de chocolate, que debía ayudarnos á esperar con paciencia un desayuno más sustancial, puesto que Guadalajara no se halla más que á diez leguas del puente de Calderón. Concluido nuestro ligero desayuno, montamos á caballo y partimos.

Cabalgábamos hacia cosa de media hora, cuando fuimos alcanzados por una reunión de *jinetes*. Eran los dragones y el *cabo* que habíamos visto en la *venta* de Calderón.

— ¡Qué hay, *cabo* ?.. preguntó D. Ruperto; ¿trae usted en la bolsa su charretera de *alférez*?

— ¡El diablo es el hombre!.. exclamó tristemente el *cabo*. En vano registramos esta mañana la *hacienda* y la *Barranca del Salto*.

— Pero, ¿por qué no fueron ustedes por la noche? preguntó D. Ruperto; habrían, sin duda, encontrado lo que descaban.

— Tal vez habría yo hallado lo que no buscaba; además, ninguno de mis soldados se hubiera atrevido á penetrar.

— Este caballero y yo, prosiguió Castaños, después de haber cenado en la *venta*, en donde usted nos dejó antes de acostarnos, después de un día de viaje, rezamos porque lograra usted sus deseos.

Castaños mentía desvergonzadamente. Según lo que habíamos convenido, no lo contradije.

— Aquí para entre nosotros, prosiguió el *cabo*, yo sé poco más ó menos en dónde está ahora ese amigo. Vámos á cercar el pueblo de Zapotlanejo, en donde, según dicen, corteja á una preciosa *china*. Allí es donde espero encontrarlo y ganar mi charretera de subteniente. No creo que lleve á mal que le obligue á contribuir á mis ascensos. Lo conozco, y entre amigos debe uno servirse mutuamente.

— Los amigos, dijo Ruperto, se ayudan como pueden.

El *cabo* y sus cinco hombres se alejaron en dirección del pueblo de Zapotlanejo.

— ¿Qué, ese Albino es un bandido muy formidable? pregunté al capitán.

— No: le gusta vivir sin trabajar.

— ¿Y qué clase de aspecto tiene? ¿Lo conoce usted?

— Su figura no es simpática, es verdad. Tiene una fisonomía repugnante y feroz; es chaparro y mal formado.

— Entonces corre mucho riesgo de no ser muy bien recibido por la preciosa *china*.

En aquel momento, un joven cuyo traje y maneras anunciaban un caballero, apareció en el camino que seguíamos; iba montado en un magnífico caballo bayo y parecía deseoso de alcanzarnos. El capitán Castaños conservaba sin duda una estrecha amistad con aquel individuo, porque apenas se encontraron enfrente uno del otro, cuando cambiaron un cordial apretón de mano. El nuevo compañero era alto, esbelto, y tenía una figura muy simpática.

— Me alegro que hayas llegado, sobrino; seguiremos juntos nuestro camino, porque el señor es mi amigo, y no debemos tener secretos para él.

El joven nos saludó con política, hizo dar media

vuelta á su caballo, y seguimos juntos nuestro camino hacia Guadalajara. Por corto que fuese nuestro viaje, no debía terminar sin otro encuentro, porque á cosa de una legua de la ciudad, fuimos alcanzados por un hombre que tenía toda la apariencia de un pícaro y un rostro patibulario.

— ¿Me permite usted, tío? dijo el joven, deteniéndose para hablar con aquel sospechoso personaje.

— Haz lo que gustes, contestó el capitán.

Algunos momentos después nos alcanzó el joven, y guardando silencio, comenzó á trotar á nuestro lado. Dos veces, antes de llegar á Guadalajara, el sobrino del veterano habló en voz baja con algunos hombres que la casualidad conducía sin duda á nuestro encuentro, y cuyas fisonomías y trajes me parecían más que equívocos. Evité, sin embargo, demostrar la menor desconfianza al capitán Castañón, y éramos los mejores amigos del mundo cuando entramos juntos en la ciudad de Guadalajara.

---

## CAPÍTULO SEGUNDO

---

### Guadalajara

---

Guadalajara es la capital del Estado de Jalisco. Colocada en los límites de la *tierra fría* y de la *tierra caliente*, la ciudad participa del aspecto de las dos zonas en que se divide México. Bajo un cielo siempre puro, rodeada de numerosos jardines, sufre algunas veces la influencia de los vientos helados que soplan de las montañas vecinas. El cerro del Col, especie de volcán apagado, el pico de Tequila, y detrás de estas tristes montañas, una cadena de colinas que rodean el río Tololotlán, tal es el sombrío anfiteatro que presenta por la parte del Norte la ciudad de Guadalajara. Pinos y encinas verdes cubren aquellas alturas. En las ori-